

El sentido común, lo “político”, el feminismo y el 15M¹

Cristina Flesher Fominaya (University of Aberdeen)
c.flesher@abdn.ac.uk



ILUSTRACIÓN: Enrique Flores [<http://www.4ojos.com/>].

Cristina Flesher Fominaya es activista, escritora e investigadora, entre otras cosas. Tiene el doctorado en sociología por la Universidad de California, Berkeley y es profesora titular en la Universidad de Aberdeen. Es co-editora y co-fundadora de la revista *Interface*, y co-editora de la revista *Social Movement Studies*. Su libro más reciente es *Social Movements and Globalization: How Protests, Occupations and Uprisings are Changing the World* (London: Palgrave).

Partiendo de una reflexión sobre el 15-M, en este artículo se ofrecen algunas claves para entender el impacto de los movimientos sociales más allá del ámbito político definido de manera tradicional. Se reflexiona sobre las limitaciones y oportunidades de la retórica de "los de abajo contra los de arriba" a la hora de abordar problemáticas como el feminismo, se desmontan algunas falacias que sirven para justificar lo injustificable, y se aboga por la necesidad no solo de transformar el sentido común sino de reemplazarlo por el buen sentido. Se defiende que en esta tarea siempre será necesaria la participación activa de los movimientos sociales, sean cuales sean los resultados electorales.

1. Mi más sincero agradecimiento a Remo Fernández-Carro por su ayuda con este texto. Él sí sabe lo que es la solidaridad, y lo demuestra siempre. Gracias también a los editores de Encrucijadas por su invitación a aportar a este número de la revista.

Sobre los impactos de los movimientos sociales y la definición de "lo político"

El año pasado di una charla en Cambridge sobre las estrategias de comunicación de activistas en el movimiento 15M en Madrid. Al terminar mi discurso, un catedrático me hizo una de aquellas preguntas que forman parte del sentido común (conservador) en la academia: "Bueno, todo eso está muy bien, pero, ¿qué han logrado? Todo ese esfuerzo y todo sigue igual. Las políticas de austeridad siguen vigentes y el mismo gobierno sigue gobernando."

Esta pregunta ya contiene una concepción del impacto y del éxito de los movimientos sociales estrechamente enfocada en logros políticos a corto plazo. El concepto de lo político también se limita en este marco a sólo aquello perteneciente a las instituciones del Estado. En mi trabajo esta formulación de lo "político" es algo en contra de la cual he argumentado enérgicamente (Flesher Fominaya, 2014a). Si concebimos los impactos de los movimientos sociales exclusivamente en términos de parar o implementar determinadas políticas, provocar leyes, cambiar los partidos gobernantes por otros, o incluso siguiendo la formulación clásica de Gamson (1975), conseguir ser apelado como interlocutor legítimo en representación de una determinada entidad social por las elites políticas, llegaríamos a la conclusión de que el 15M ha sido un fracaso. Pero llegar a esa conclusión sería no entender en absoluto lo que ha sucedido en España en los últimos cuatro años y mucho menos entender los impactos de los movimientos sociales sobre los procesos de transformación social.

Volviendo a la pregunta del catedrático: ¿Qué ha logrado exactamente el 15M? Mi respuesta, al vuelo, a aquel catedrático era esencialmente que las estrategias comunicativas de los activistas se han utilizado para contestar las narrativas hegemónicas de las elites sobre la crisis, la austeridad y la democracia y que esta contestación infatigable había servido para deslegitimar el gobierno y para reconfigurar el sentido común dentro de la sociedad española en torno al sentido mismo de la democracia. Por supuesto, esto no es todo lo que han hecho los participantes del 15M. Podría haber señalado todas las acciones directas, como parar desahucios y reocupar edificios en manos de los bancos malos, la creación de proyectos activos y solidarios como los bancos de alimentos y las bancas éticas, la utilización de *crowdfunding* para imputar a los responsables del fraude fiscal y político, y un largo, largo etcétera. Pero desde cada espacio, desde cada acto simbólico y material, también se ha realizado una labor constante de desmontar un sentido común consensuado hasta entonces por gran parte de la sociedad sobre el significado de la democracia, la legitimidad de los pactos de la Transición, la falta de alternativas al bipartidismo y las políticas neoliberales, antes y sobre todo después de la "crisis".

Y no todos los impactos han sido esperados ni deseados. Está claro, por ejemplo, que la Ley Mordaza² (también conocida como ley anti 15M) y la represión a los movimientos sociales responde directamente a la imposibilidad del Estado de sostenerse sobre su

2. Para saber más sobre cómo nos están quitando nuestros derechos democráticos, véanse *No Somos Delito*, www.nosomosdelito.net

capacidad de mantener un consenso social en torno a su legitimidad como régimen político. La legitimidad de la que gozaba se ha visto fuertemente dañada precisamente debido al desmantelamiento del consenso/sentido común (“no hay alternativa a la narrativa dominante de la Cultura de la Transición”), ayudado, eso sí, por los efectos materiales de la crisis y las políticas de austeridad, y las acciones del 15M de visibilizar y desmitificar los responsables de esa “crisis”.

Pero quizás la transformación más radical ha sido ese cuestionamiento de un consenso ampliamente compartido en torno al sentido de la democracia en la sociedad española, un consenso formado por las narrativas que justificaron los pactos políticos de la Transición española y que no había sido sometido a un cuestionamiento tan profundo desde entonces. Esta transformación no se puede medir simplemente en términos estrechamente políticos sino que se puede entender como una transformación de la cultura política democrática española que, además, ha preparado el terreno para la emergencia de nuevos proyectos políticos institucionales como Podemos y la pluralidad de proyectos municipalistas que aparecen en España actualmente.

Y ningún político de ningún color puede eludir las demandas y preguntas que el movimiento ha puesto en la agenda política, aún si lo hacen de la manera más hipócrita imaginable. En los términos propuestos por Laclau y Mouffe, siguiendo a Gramsci, podemos decir que el 15M logró articular nuevos imaginarios que generan la movilización de mayorías sociales que se entienden a sí mismos como un nuevo actor político colectivo. Y esto no es ninguna tontería. Tal y como escribe Errejón (2014):

Las preguntas de cómo funciona la capacidad de crear consenso y legitimidad y, en particular, cómo y bajo qué condiciones los de abajo son capaces de darle la vuelta a su subordinación y conformar un bloque histórico que dirija y organice la comunidad política, son nucleares en el pensamiento de Ernesto Laclau (Errejón, 2014).

David Harvey (2015) también ha señalado la importancia de los movimientos tipo 15M y Occupy en hacer visible la existencia de una oligarquía global neoliberal. Pero concebir el cambio político en los términos que enmarcan muchas retóricas de izquierdas, muy en boga actualmente, como un proceso de movilización de los de abajo contra de los de arriba — por útil e importante que pueda resultar— tiene ciertas limitaciones. Porque como Kerman Calvo e Iago Álvarez López (2015) han señalado, este concepto de la lucha política se topa con serios problemas en cuanto abordamos problemáticas sociales como el patriarcado y cómo podemos acabar con él:

Las dificultades comienzan ante problemas que tienen que ver con personas que están, por así decirlo, al mismo nivel. ¿Cómo entender el problema, por ejemplo, de la homofobia, del racismo, de la violencia contra las mujeres? ¿No es cierto que la gente corriente puede ser violenta, puede abusar, puede discriminar? ¿No se puede ser malo sin ser “casta”? (Calvo y Álvarez-López, 2015).

A partir de esta problemática, Calvo y Álvarez López analizan algunas de sus implicaciones para el feminismo dentro del 15M y de partidos como Podemos, señalando que pocas asambleas del 15M votaron explícitamente a favor de una resolución por la igualdad de género y que la resolución feminista del proceso constituyente de Podemos sólo logró un 7% de los votos emitidos colocándola en el 16º puesto. Calvo señala que esto responde en parte a una estrategia de encontrar un denominador

común que logre agrupar a las mayorías más amplias posibles pero también existe una tensión fundamental entre el discurso indignado del 99% y el reconocimiento de las necesidades y derechos de determinados grupos de la población (mujeres, LGBTQ, inmigrantes). Que Carolina Bescansa, única mujer en la cúpula fundadora del partido, declarase que el aborto “no constituye potencial político de transformación y por lo tanto no es prioritario” sorprendió a muchos. Dados los miles de hombres y mujeres de todas las edades que tomaron las calles de Madrid desde toda España en una de las manifestaciones más multitudinarias que hemos tenido en los últimos años, esta declaración resulta realmente extraña. Y la única explicación que logro encontrar es que abordar la temática de fondo del aborto no cabe nítidamente dentro del mantra “hay que eliminar la casta política”, y porque para muchos (aunque no para mi) el aborto sigue siendo un tema “de mujeres” y por tanto no corresponde a “las grandes mayorías sociales”. Hemos estado aquí antes, es una variante del mismo mensaje que hemos escuchado desde hace mucho tiempo en determinados sectores de la izquierda, sólo que ahora viene marcado en un discurso que pretende ir más allá de las divisiones entre izquierdas y derechas.

Creo que tenemos que ser conscientes de las limitaciones tanto como las posibilidades de ciertas formas de discurso político y sus implicaciones para cómo construimos estructuras políticas transformadoras. En ausencia de una unidad de clase a la cual se pueda apelar, Podemos, como otros partidos de izquierdas anteriores, ha apelado también a la noción de “patria” como una categoría de identidad política unificadora (para el análisis del discurso de Pablo Iglesias en “la marcha del cambio”, véase Flesher Fominaya, 2015), una maniobra que sienta mal a algunos sectores de la izquierda, y que está igual de limitada en su posibilidad de abordar temas como el feminismo o la clase social.

No estoy menospreciando un discurso que logre ir más allá del binomio izquierda/derechas. Al contrario, el movimiento 15M logró acabar con el consenso en torno a la Cultura de la Transición, un consenso precisamente fundado en una creencia de las dos Españas y predicado sobre un miedo al conflicto y a la violencia política (Fernández-Savater, 2013; Aguilar Fernández, 1996). El sentido común delimita las posibilidades del pensamiento y de las mismas categorías que estructuran nuestra percepción de la realidad. Define los interlocutores legítimos de la política. El sentido común otorgó el derecho a la palabra, a la razón; de ahí que romper con ello requiera tanto esfuerzo y sea tan difícil. ¿Cómo plantear alternativas fuera del marco de lo posible y lo permitido? Amador Fernández-Savater dice lo siguiente:

El nuevo sentido común no es sólo una crítica o una protesta contra la CT (Cultura de la Transición). Protestar o criticar no propone otra definición de la realidad, ni permite salir del círculo de lo negado. Es en primer lugar y ante todo una nueva organización de lo visible, lo decible y lo realizable. Una revolución cultural. Un desplazamiento (más que una crítica) que nos propone ver otras cosas o mirar desde otro sitio. Y que afecta al núcleo más íntimo de la CT: su definición de democracia ya no es la única posible ni va de suyo. La democracia es de nuevo una pregunta abierta (Fernández-Savater, 2013).

Apenas hemos empezado a sentir las consecuencias de este proceso de transformación de la democracia española y es imposible saber qué formas tomará ni cuánto tiempo durará. Lo que queda claro, sin embargo, es que romper con el sentido común

desarrollado en la Cultura de la Transición era y es absolutamente esencial para este proceso de transformación.

Sobre el sentido común, el feminismo, y las limitaciones del discurso de los de abajo y los de arriba

Mi trabajo teórico siempre se ha preocupado en encontrar los puntos de conexión entre la cultura y la política, pero nunca había pensado que esta postura teórica fuese particularmente feminista, a pesar de considerarme una feminista y de haber encontrado mucha inspiración en teorías feministas a lo largo de mi trayectoria política y académica. Pero recientemente me quede impresionada por las palabras de Rosi Braidotti en relación con los movimientos anti-globalización y los movimientos tipo Occupy:

En estos movimientos no veo feminismo. Veo la masculinidad de lo que queda de la izquierda haciendo lo que ha hecho siempre: creando puestos de liderazgo para "los chicos", y monopolizando la noción de lo político. Zizek, Badiou, y todos los grandes anti feministas y teóricos críticos de hoy descartan el capital intelectual del feminismo de golpe porque es cultural y no político según su definición de lo político como teología política. ¿Así que si no estamos en el rollo Schmittiano del enemigo contra los amigos no tenemos política? ¿El pacifismo feminista descarta la política? ¡Gracias hermanos! (Braidotti y Posman, 2013).

Después de recordarnos las confrontaciones entre troskistas y feministas en Roma en los años 60 y 70 donde los trotskistas abogaban por una política de confrontación y las feministas abogaban por una política no violenta, (y acabaron siendo agredidas en una sentada pacífica por los trotskistas), Braidotti plantea la pregunta: "¿en qué consiste lo político? Sigue siendo una de las preguntas más importantes que hay que hacerse".

La respuesta a esta pregunta ¿en qué consiste lo político? da forma a las estrategias que adoptemos en nuestro deseo de efectuar la transformación social. Recientemente, David Harvey dijo que:

La convergencia de diferentes formas de oposición siempre será fundamentalmente importante, tal y como vimos tanto en la ocupación de Gezi en Estambul como en el movimiento que tomó las calles de Brasil durante la Copa Mundial. El activismo es fundamentalmente importante y el problema es la incapacidad de la izquierda de canalizarlo. Hay varias razones para esto, pero creo que la más importante de ellas es la incapacidad de la izquierda de abandonar su enfoque tradicional sobre la producción a favor de una política de lo cotidiano. Desde mi punto de vista, la política de lo cotidiano es el crisol en el cual las energías revolucionarias podrían desarrollarse y donde ya podemos percibir actividades que intenten definir lo que podría ser una vida no enajenada. Estas actividades tienen más que ver con los espacios que habitamos que los espacios donde trabajamos (Harvey, 2015).

Aunque Harvey aquí está repitiendo una crítica clásica de la izquierda marxista por su enfoque sobre el actor político definido como obrero, creo que se podría extender a un discurso de izquierdas que se centra exclusivamente en las condiciones materiales de las personas y presta atención insuficiente a otras formas de opresión y de enajenación. Y creo que lo sucedido recientemente con Syriza, cuando Tsipras nombró a un gabinete de ministros 100% masculino, pone de relieve estas limitaciones. Porque demostró que uno puede tener un discurso de "los de abajo contra los de arriba" que sin embargo fuese completamente deficiente en aspectos esenciales de un proyecto político transformador.

Pero la decisión de Tsipras no fue tan decepcionante y desalentador como lo que vino después. Como escribió Ignacio Escolar en un tweet (@iescolar): "Hay algo que me sorprende más en la decepcionante decisión de Tsipras de no nombrar a ninguna ministra: que mucha gente lo justifique". Posteriormente escribió un artículo excelente titulado "Los argumentos para el machismo: un repaso a algunas falacias con las que se justifica que un gobierno no nombre a una sólo mujer como ministra" (Escolar, 2015). Con unos pocos ejemplos podemos ver con cuánta facilidad la exclusión de la mujer de arenas enteras de la participación política se justifica, muchas veces en nombre de una política "de izquierdas" o "progresista".

Una de las justificaciones más frecuentes es que la paridad de género no es tan importante como resolver los problemas urgentes de Grecia (o rellene aquí el problema que más te guste). Como expresa un tweet recogido en el artículo de Escolar: "Tiene que salvar de la pobreza millones. Pero oyes, mejor que se esperen que tiene que hacer un gobierno paritario."

Este tipo de argumentos se han utilizado frecuentemente a lo largo de la historia del "infeliz matrimonio" (Hartmann, 1979) entre el marxismo y el feminismo. Éste argumento crea una jerarquía de prioridades políticas dónde la participación de la mujer o la resolución de sus reivindicaciones siempre ocupan un lugar inferior a otro problema de mayor transcendencia, y a la vez crea una oposición falsa entre dos objetivos políticos -como si las dos opciones que tuviéramos a nuestra disposición fuesen o bien resolver los problemas de Grecia o bien tener mujeres en el gabinete. Como bien contestó Escolar: "¿acaso es incompatible una cosa y la otra? ¿Es necesario elegir entre nombrar ministras y salvar a los griegos de la pobreza? ¿Es que sólo los hombres están preparados para afrontar tal tarea?"

Esta oposición sólo cobra validez si suponemos que las mujeres no pueden trabajar eficazmente para resolver los problemas de Grecia. El argumento también separa los medios de los fines. Pero lo que habría que hacer es seguir adelantando en el proceso desarrollado por el movimiento 15M (y propio de la autonomía y el feminismo) de criticar la clásica dicotomía entre medios y fines. Y como nos recuerda Ángel Luis Lara (2013), siguiendo a Goytisolo, "para derrotar al insoportable mundo al revés en el que vivimos, los medios que utilicemos deben contener ya en sí los fines que perseguimos."

¿Y por qué supone el autor del tweet que Tsipras va a demorar más tiempo en nombrar a ministras que en nombrar a los ministros? Este supuesto sólo cobra sentido si suponemos que hay pocas mujeres calificadas para ser ministras o —en este caso específico— que *ninguna* mujer en toda Grecia que pueda cumplir los requisitos de este cargo, y que Tsipras tardaría semanas o meses en lograr encontrar una mujer calificada, mientras que —por supuesto— 12 hombres capaces están a mano.

Y por supuesto la justificación de las calificaciones es otra constantemente invocada a la hora de justificar la exclusión de las mujeres de posiciones de liderazgo tanto en la política como en casi la totalidad de otros sectores de la sociedad. Porque si aceptamos que existe UNA persona mejor calificada para un cargo (en si un mito fundado en un concepto liberal del individuo atomizado), y si aceptamos que Tsipras o cualquier

otra persona pueda determinar quién es esa persona idónea, y si aceptamos que la razón por la cual todos los ministros son hombres es que son los más cualificados para sus cargos, entonces debemos también aceptar que la razón que los hombres dominen en todos los cargos de liderazgo en prácticamente todos los sectores de la sociedad es porque ellos también son los más cualificados para sus cargos. Lo cual quiere decir que debemos aceptar que, a pesar de que las mujeres constituyen más del 50% de la población, y contrario a toda la evidencia empírica disponible en torno a las cualificaciones de la mujer en Europa, las mujeres simplemente no están tan cualificadas como los hombres. Lo cual quiere decir que aceptamos que las mujeres son inferiores a los hombres. ¿Realmente estamos dispuestos a aceptar esto?

La otra justificación frecuente es quizás la más estúpida de todas y por desgracia lo podemos escuchar de todo tipo de personas. Una vez más pretende condicionar la participación política de la mujer y va algo así: "Yo creo en la participación política de la mujer pero sólo hay que ver a Margaret Thatcher". O como lo expresó otro tweet recogido en el artículo de Escolar: "Sólo dos imágenes (Fátima Báñez y Ana Mato). Y ahora seguid criticando que en el gobierno de Syriza no haya mujeres."

Aparte de expresar a la perfección la falacia elemental de la *muestra no representativa* cabe preguntarse por qué narices un partido de izquierdas nombraría a políticas de derechas como ministras. Lamentablemente, este tipo de justificaciones no se limitan a unos pocos energúmenos en Twitter. Todos estos argumentos colocan un hipotético "bien común" por encima de y en falsa oposición con la participación política de la mujer (en este caso específico su nombramiento como ministra). Condicionan la participación política de la mujer y su derecho a ejercer la autoridad: ya sea en términos de cuando puede participar (después de que resolvemos la pobreza griega y venzamos a la Troika o ganemos la revolución) o bajo qué condiciones (sólo si no se parece a Margaret Thatcher), o bajo una serie de suposiciones (las mujeres no están tan cualificadas como los hombres, las mujeres griegas son culturalmente incapaces de mandar, etcétera). Y todos estos argumentos se pueden adelantar dejando perfectamente intacta una concepción de lo político que gira exclusivamente en torno a la noción de una contestación de los de abajo contra los de arriba.

Por tanto creo que la estrategia de formar nuevas mayorías sociales contra una élite deslegitimada tiene importantes limitaciones a la hora de abordar la cuestión feminista (entre otras problemáticas). En este sentido, desmontar narrativas hegemónicas requiere ahondar en el interior de nuestras propias conciencias, nuestras propias formas de relacionarnos, nuestro propio discurso, y no simplemente desmontar las narrativas del "otro". El enemigo está en nuestro interior, en todos los espacios que habitamos, en las relaciones cotidianas del día a día. Y la realidad de las mujeres nunca será la de una mayoría social por el simple hecho de que solo formamos poco más de la mitad de la población. Los discursos de la *interseccionalidad*, tan útiles y necesarios en muchos aspectos, reducen aún más la posibilidad de una mayoría social basada en la "condición femenina". Pero esto no impide para nada que podamos crear una mayoría social *feminista*, y esta es la tarea que nos espera. Tenemos que crear un nuevo sentido común feminista, pero no en el sentido *gramsciano* estricto (un sentido

común espontáneo que surge de la experiencia vivida de las mujeres y que contiene el germen del buen sentido), sino que necesitamos desmontar y refutar todos aquellos argumentos que a primera vista puedan parecer lógicos o que no suscitan contestación pero que sirven para justificar y mantener el *statu quo*. Todos aquellos argumentos pertenecientes al sentido común imperante, todas aquellas negativas a reconocer las mil maneras en que se reproduce la subordinación, marginalización y exclusión de la mujer, todas aquellas apelaciones al relativismo cultural, las jerarquías ideológicas y las falsas oposiciones que hoy- a pesar de siglos de feminismo -siguen pareciendo sensatos a tantas personas.

Cabe recordar que la influencia del feminismo en el 15M no surgió espontáneamente de un momento revolucionario. Fue el resultado del esfuerzo concertado de feministas, antes de la ocupación de las plazas, dentro de las plazas y después de las plazas, y ante resistencias importantes (Ezquerro, 2012). Un trabajo pedagógico que consistía en reformular el lenguaje mismo del movimiento (una tarea en proceso), de hacer visible múltiples formas de micro machismo, y de dismantelar y refutar incansablemente los argumentos que justifican la opresión de la mujer. A diferencia de Braidotti, yo sí creo que esta tarea ha tenido importantes logros aún si todavía falta mucho camino por andar.

Sigo viendo una brecha importante entre lo que está sucediendo en los espacios de los movimientos sociales y lo que sucede cuando entramos en aquellos espacios más públicos y más institucionalizados de la política. Por ejemplo, desde Londres a El Cairo o a Madrid todavía se ve que la relación entre hombres y mujeres que intervienen en los espacios públicos (a la hora de pedir o tomar la palabra) sigue siendo al menos tres a uno y en algunos casos la desigualdad es mucho mayor. Y cuando miramos los espacios políticos institucionalizados el panorama sigue siendo inquietante. Hasta en un partido como Podemos, plenamente comprometido con la paridad de género en las listas electorales, vemos una desigualdad importante en la elección de líderes dentro de la estructura interna del partido. Por ejemplo, los resultados a nivel de comunidad autónoma para la elección de secretarios generales era 13 hombres a tres mujeres, y a nivel municipal (en aquellos municipios con más de 2000 inscritos) el resultado fue de 13 hombres a dos mujeres. Simplemente achacar este resultado a una "falta" de Podemos como partido sería caer en otra falacia. En primer lugar, no se puede imponer la paridad de género a cargos unipersonales. Pero más allá de críticas simplistas, lo que sí quiere decir es que aún dentro de un partido progresista y explícitamente comprometido con la igualdad de género los participantes siguen viendo al liderazgo masculino como más deseable que el femenino. Y esto quiere decir que el liderazgo del partido no puede descansar sobre un proceso de elecciones participativas y abiertas para asegurar que las mujeres sean plenamente representadas en posiciones de liderazgo interno. Habría que reflexionar sobre la diferencia entre racionalidad formal y racionalidad sustantiva (en los términos de Weber), entre la igualdad (de condiciones) y la justicia, y entre el sentido común y el buen sentido.

Sobre el giro electoral del movimiento 15M

No podemos reflexionar sobre el impacto del 15M en la democracia española sin hablar del giro sin precedentes hacia la política electoral. Cuando digo "sin precedentes" no quiero decir en el sentido histórico, porque en los años 80 también hubo un giro masivo de determinados sectores de los movimientos sociales hacia el proyecto del PSOE. Pero aquellos movimientos no se definían de manera firmemente partidista como lo hizo el movimiento 15M, con su marcada influencia autónoma y libertaria (Flesher Fominaya, 2014b). Por tanto, el entusiasmo y la ilusión con que tantos activistas "quincemayistas" se han volcado en el proceso electoral merece unas palabras (se podría decir muchísimo más sobre este tema pero no cabe en el marco de este artículo). El giro electoral ha sido, sin duda, una consecuencia no intencionada de 15M. Pero "no intencionada" no quiere decir "no deseable". Porque la posibilidad de dar la vuelta algunas de las políticas de austeridad, de parar el proceso rapaz de privatización de los servicios públicos, y de intentar abordar algunas de las necesidades de tantos ciudadanos que sufren las consecuencias de la crisis-estafa es una posibilidad maravillosa. Sin embargo, desde la perspectiva de los movimientos sociales habría que tener motivos de preocupación. No seré la única que recuerda a otro líder carismático, Felipe González, quien, al igual que otros hoy en día, también logró —junto a sus compañer@s de partido— movilizar a muchísimas personas que dejaron su actividad en los movimientos sociales para entrar de pleno en el proceso de la política electoral, por no mencionar a todos aquellos que dejaron de militar porque estaban convencidos de que con la victoria del PSOE no hacía falta ejercer presión desde la base. Aunque para nada estoy sugiriendo que la historia se repite ni que se vaya a repetir (con respecto a la evolución del PSOE desde aquellos momentos de euforia para algunos, y los partidos llamados quincemayistas que se presentan ahora), sí creo que conviene advertir sobre la necesidad de mantener espacios autónomos vibrantes. Porque la lógica de los movimientos sociales nunca responderá a los mismos criterios que la lógica electoralista, por muy participativa y de base que sea esta.

Hace unos años un miembro del público de una charla que daba en el antiguo Bundestag de Bonn me hizo la siguiente pregunta: "Hablas como si los movimientos sociales siempre fuesen necesarios en democracia, pero en algún momento histórico en cuanto llegue la gente correcta al poder, ¿no dejarán de ser necesarios?" Una vez más la pregunta refleja un entendimiento de las consecuencias y metas de los movimientos sociales estrechamente vinculado al cambio político institucional. Pero también refleja una visión lineal del progreso de la Historia. Por supuesto, ambas son falacias. Y repito: los movimientos sociales son esenciales en democracia al margen de quien ejerce el poder.

Todos los movimientos sociales pasan por periodos de movilización altamente visible y períodos de mayor latencia. El movimiento 15M sin lugar a dudas se ha transformado mucho en los últimos cuatro años. Por un lado se ha multiplicado y ha producido proyectos políticos que siguen activos, vigentes e importantes. Pero no hay duda de que un gran número de personas que formaban parte de las asambleas quincemayistas no siguen

activos en esos espacios; o bien algunas de aquellas asambleas se han convertido *in toto* en círculos de Podemos o en espacios de iniciativas electorales municipalistas. Este proceso se ha acelerado de manera importante a partir del éxito inicial de Podemos en las elecciones parlamentarias Europeas. Por definición, la política electoralista es *estadocéntrica*, en el sentido de que se enfoca en las instituciones del Estado como la esfera primaria en donde se desarrolla la política transformadora. Comparto con la escritora, investigadora y activista Marta Malo (2015) el cuestionamiento de la idea de que muchas de las prácticas políticas de los movimientos sociales se han topado con un techo de cristal y que la única manera de romper este techo de cristal es hacer el salto (o el “asalto”) a las instituciones. Malo nos recuerda que la lógica del neoliberalismo en una sociedad globalizada trasciende las instituciones gubernamentales y permea todos los aspectos de nuestras vidas —desde el poder financiero y económico hasta el mismo deseo—. También coincido con ella que aunque es posible que la dicotomía entre Estado y movimientos quizás se tendría que repensar en el momento actual, la lógica electoralista y la lógica de movimientos son heterogéneos y “no tienen fácil traducción entre sí” a pesar de tener puntos de conexión. Comparto también que el riesgo que corremos cuando entregamos todas nuestras ilusiones y energías a estrategias electorales es dejar de lado estrategias y debates de fondo que no encajan cómodamente dentro del campo de la política electoral o de las instituciones de gobierno.

Sí creo que hay una labor urgente e importante que se pueda realizar desde las instituciones, y que el trabajo del 15M de romper con el sentido común en torno a la transición española (manifestada en la Cultura de la Transición) y sobre la naturaleza y posibilidades de la democracia española son logros importantes que ha preparado el terreno para la posibilidad de revocar algunas de las más criminales y trágicas políticas de austeridad por medio del “asalto a las instituciones”. Pero sería un error pensar que la transformación institucional planteará cara a los muchos retos y problemas a los que nos enfrentamos, como lo sería pensar que el mayor logro del 15M haya sido la creación de estas nuevas iniciativas electoralistas. De hecho, si seguimos el paradigma clásico de los estudios de los movimientos sociales que mide los impactos de los movimientos sociales en términos “políticos,” llegaríamos a la conclusión de que esto haya sido el mayor *fracaso* del movimiento 15M ya que ha sido incapaz de transformar la indignación de la ciudadanía y las reivindicaciones de la misma en un cambio en las políticas del gobierno. Pero esto sería caer en la lógica del catedrático de Cambridge que me preguntó de qué había servido el 15M. No podemos culpar los movimientos sociales —y créanme, la gente hace esto continuamente— por la negativa absoluta de nuestras élites políticas a escuchar la voz del pueblo (culpar a los movimientos sociales generalmente es un ejercicio de aquellas personas que se esfuerzan poco para cambiar las cosas y luego se quejan cuando otros no se movilizan efectivamente en su representación o beneficio. Son las mismas personas que luego justifican su falta de acción repitiendo la frase de que “todas esas movilizaciones sirven de poco”. O que ven a los movimientos sociales como una coalescencia temporal de deseos políticos que necesitan ser canalizados en una política “de verdad”, con lo que quieren decir “institucionalizada”).

La transformación de la democracia (española) es y será siempre un proceso en construcción sin una progresión lineal garantizada hacia un futuro mejor. Para efectuar una transformación profunda necesitaremos buscar una manera de generar un nuevo sentido común que no descansa simplemente en el rechazo de las élites corruptas, en la contraposición de una mayoría social de los de abajo contra los de arriba, pero que incluye también un compromiso firme con la justicia y no sólo con la igualdad, y que pueda hacer frente a injusticias tales como la opresión de género, la homofobia, la transfobia, el racismo o el mismo clasismo, que emanan de y atraviesan tanto los 99% de abajo como el 1% de arriba, y que ningún liderazgo político —por muy iluminado que sea— podrá conquistar, pero que necesitará el trabajo constante de los movimientos sociales y de todas nosotras para reemplazar el sentido común con el buen sentido.

Bibliografía

- Aguilar, P. 1996. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- Braidotti, R y Posman, S. 2013. "Transitzzone/Conversation with Rosi Braidotti", *nY revista online*, ([enlace](#)).
- Calvo, K y Álvarez López, I. 2015. "¿Nueva política pero viejos perdedores?", *eldiario.es*, 1 de marzo, ([enlace](#)).
- Errejón, Í. 2011. "El 15 M como discurso contrahegemónico", *Encrucijadas*, 2: 120-145.
- Errejón, Í. 2014. "Muere Ernesto Laclau, teórico de la hegemonía", *www.publico.es* 14 de abril, ([enlace](#)).
- Escolar, I. 2015. "Los argumentos para el machismo", *escolar.net* - *eldiario.es*, 28 de enero, ([enlace](#)).
- Ezquerria, S. 2012. "Discursos y prácticas feministas en el movimiento 15M: avances y asignaturas pendientes" AmecoPress. Información para la Igualdad, 27 de enero, ([enlace](#)).
- Fernández-Savater, A. 2013. "La cultura de la transición y el nuevo sentido común", *Interferencias*, *eldiario.es*, 14 de junio, ([enlace](#)).
- Flesher Fominaya, C. 2015. "Podemos' March for Change", *Open Democracy*, 31 de enero, ([enlace](#)).
- Flesher Fominaya, C. 2014a. *Social movements and globalization: How protests, occupations and uprisings are changing the world*. London: Palgrave Macmillan.
- Flesher Fominaya C. 2014b. "Debunking Spontaneity: Spain's 15-M/Indignados as Autonomous Movement". *Social Movement Studies*, 14(2): 142-163.
- Gamson, W. 1975. *The Strategy of Social Protest*. Homewood: Dorsey Press.
- Harvey, D. 2015. "David Harvey on Podemos and Syriza", *Verso Books Blog*, 19 de marzo, ([enlace](#)).
- Hartmann, H. 1979. "The unhappy marriage of Marxism and feminism", *Capital and Class*, 3 (2): 1-33.

Lara, Á. L. 2013. "Una revolución democrática", Interferencias - eldiario.es, 2 de marzo, ([enlace](#)).

Malo, M. y I. Sánchez-Aroca. 2015. "El asalto institucional no es la única vía", *Periódico Diagonal*, 27 de marzo, ([enlace](#)).